

### Nieve

Orhan Pamuk



En Turquía. Foto: Víctor Fernández Salinas

Una mirada desde la memoria del exiliado, desde las raíces identitarias de la infancia, desde la cosmovisión del poeta, al contexto sociopolítico y cultural de Turquía, penetra la historia de Nieve. Su autor, Orhan Pamuk, expone con delicada sensibilidad la complejidad que encierra las relaciones humanas e interculturales en relación con la polisemia de los usos culturales. Como el uso de las mujeres de cubrirse que, como todo hecho cultural, no tiene un sentido unívoco y cerrado. ¿Sometimiento o rebeldía? ¿Religión o Estado? ¿Tradicición o libertad? Preguntas que suscita este libro y que nos llevan a reflexionar en torno a los límites de los juicios que establecemos sobre otras formas y costumbres en sociedades multiculturales como las contemporáneas.

- El Sagrado Corán es la palabra de Dios y sus mandatos, claros y terminantes, no son cosas que nosotros sus siervos podamos discutir- respondió Kadife con gran confianza en sí misma-. Eso no quiere decir que nuestra religión no tenga nada discutible, por supuesto. Pero yo no quiero discutir de mi religión, no ya con un ateo, ni siquiera con un laico, así que, si me disculpa...  
- Tiene razón.

- Tampoco soy de esos islamistas pelotilleros que intentan explicarle a los laicos que el islam es una religión laica -añadió Kadife.  
- Tiene razón.  
- Es la segunda vez que me da la razón, pero dudo que lo crea de verdad -dijo Kadife sonriendo.  
- Vuelve a tener razón -le contestó Ka sin sonreír.

Caminaron un rato en silencio. ¿Podría enamorarse de ella en lugar de su hermana? Ka sabía perfectamente que no podría sentir atracción sexual por una mujer que se cubriera la cabeza, pero no fue capaz de impedir el jugar a por un instante con aquel pensamiento secreto.  
Cuando salieron a la multitud de la calle Karadag, llevó la conversación primero a la poesía y luego, con una transición bas-

tante torpe, añadió que Necip también era poeta y le preguntó si tenía noticia de que en el Instituto de Imanes y Predicadores tenía bastantes admiradores que la adoraban bajo el nombre de Hicran.

-¿Con qué nombre?

Ka le resumió las otras historias que le habían contado sobre Hicran.

-Nada de eso es cierto -dijo Kadife-. No les he oído nada parecido a los estudiantes del instituto que conozco. Pero sí había oído antes la historia del champú -dijo sonriendo unos pasos más allá. Le recordó a Ka que el primero en sugerir que las jóvenes que se cubrían se afeitaban la cabeza había sido un adinerado y odiado periodista de Estambul para atraer la atención de los medios de comunicación occidentales, y para demostrarle de dónde procedía el que se lo hubieran atribuido a ella, añadió-. Sólo hay una cosa cierta en esta historia: sí, en mi primera visita a esas compañeras a las que llaman empañoladas fui con la intención de burlarme de ellas. También tenía cierta curiosidad. Muy bien: fui a verlas con una curiosidad sarcástica.

-¿Y qué pasó luego?

-Vine a Kars porque mi puntuación en el examen de ingreso sólo me daba para la Escuela de Magisterio y, además, mi hermana estaba ya aquí. En fin, aquellas chicas eran mis compañeras de clase y, aunque no seas creyente, vas a sus casas si te invitan. Incluso con mi punto de vista de entonces, me di cuenta de que tenían razón. Así era como las habían criado sus padres. Hasta el Estado las había apoyado dándoles clases de religión. Pero ahora, a las mismas chicas a las que llevaban años diciéndoles «Tapaos el pelo» les decían «Descubriós la cabeza, así lo quiere el Estado». Y un día yo, sólo por solidaridad política, me cubrí la cabeza. Por una parte me daba miedo lo que había hecho y por otra me daba risa. Quizá porque no olvidaba que era hija de mi padre, ese ateo opuesto eternamente a las autoridades. Mientras iba para allá, estaba absolutamente con-

vencida de que aquello sería cosa de un día: un bonito recuerdo político del que años después me acordaría como si fuera una broma, un «gesto de libertad». Pero las autoridades, la policía y los periódicos de aquí se me echaron encima de tal manera que desapareció la parte irónica, «ligera», del asunto y ya no pude escapar. Nos detuvieron con la excusa de que nos habíamos manifestado sin permiso. Si al día siguiente, cuando salí del calabozo, hubiera dicho: «Lo dejo, la verdad es que nunca he creído», toda Kars me habría escupido a la cara. Ahora sé que fue Dios quien me envió toda aquella presión para ayudarme a encontrar el buen camino. En tiempos yo era atea, como tú, no me mires así, me da la impresión de que te doy pena.

-No te estoy mirando de ninguna manera.

-Sí que lo haces. No me siento más ridícula que tú. Pero tampoco me siento superior a ti, que lo sepas.

-¿Y qué dice tu padre de todo esto?

-Nos apañamos. Pero la situación va llegando a un punto en que no nos apañaremos más y nos da miedo porque nos quedamos mucho. Al principio mi padre estaba muy orgulloso de mí, el día que me cubrí la cabeza y fui así a la escuela me trató como si aquello fuera una forma muy especial de rebelión. Se puso a mi lado para contemplar en el espejo con marco de latón de mi madre cómo me quedaba el pañuelo en la cabeza y mientras estábamos ante el espejo me dio un beso. A pesar de que no nos habléramos mucho, había algo seguro: lo que yo estaba haciendo le merecía respeto no porque fuera parte de un movimiento islamista, sino porque era una acción contra las autoridades. Mi padre tenía ese aspecto de «así debe ser una hija mía», pero en secreto él tenía tanto miedo como yo. Sé que lo tuvo y que se arrepintió de haberme dado ánimos cuando nos encerraron. Insistía en que aquello no tenía que ver conmigo y que la policía política seguía empeñada en ir detrás de él. Que a los agentes del SIN, que en tiempos habían fichado sin pa-

rar a todos los izquierdistas y demócratas de por aquí, ahora les había dado por hacer listas de los religiosos, que no tenía nada de raro que hubieran comenzado por la hija de un veterano y demás. Todo aquello me hacía difícil volverme atrás, y mi padre se veía obligado a apoyarme en cada paso que yo diera, pero todo era cada vez más complicado. Es como esos viejos que, aunque sus oídos los oigan, no se enteran de ciertos ruidos de la casa, de los chasquidos de la estufa, del refunfuñar interminable de sus mujeres sobre ciertos asuntos, del crujido de las bisagras de la puerta: ahora mi padre hace lo mismo en lo que respecta a mi lucha junto a las que se cubren la cabeza. Consigue su venganza haciéndose el ateo canalla cuando alguna viene a casa, pero siempre acaba coqueteando con ellas como si fueran compañeros en la oposición al Estado. Y yo organizo reuniones en casa porque veo en ellas una madurez que les permite replicar a mi padre sin quedar por debajo. Esta noche vendrá una de ellas, Hande. Hande decidió descubrirse la cabeza por la presión de su familia después del suicidio de Teslime, pero no ha puesto en práctica su decisión. Mi padre a veces dice que todo esto le recuerda sus viejos días de comunista. Había dos tipos de comunistas: los engraidos que se metían en eso para educar al pueblo y desarrollar el país, y los inocentes que lo hacían por una cierta idea de la justicia y de la igualdad. A los engraidos les gustaba el poder, daban consejos a todo el mundo y no podía esperarse nada bueno de ellos. Los inocentes sólo se hacían daño a sí mismos, pero en realidad eso era lo único que pretendían. Queriendo compartir el sufrimiento de los pobres por su sentimiento de culpabilidad, sólo conseguían vivir peor ellos.

PAMUK, Orhan. *Nieve*. Madrid: Alfaguara, 2006, pp. 135-138

La publicación de este fragmento de la obra *Nieve* ha sido posible gracias a la autorización del Grupo Editorial Santillana.